

**Giovanni FEDERICO, *Breve historia económica de la agricultura, Zaragoza, Sociedad Española de Historia Agraria (Monografías de Historia Rural n.º 8), Prensas Universitarias de Zaragoza e Institución Fernando El Católico, 2011, 175 pp.***

En 2005, Giovanni Federico publicó *Feeding the World. An Economic History of Agriculture, 1800-2000* en Princeton University Press. Cuatro años después veía la luz en Bolonia (Il Mulino) un extracto del anterior texto bajo el título *Breve storia dell'agricoltura*. Finalmente, en 2011, la Sociedad Española de Historia Agraria tuvo la iniciativa de traducir al castellano este último libro para incluirlo en el elenco de sus monografías, editadas anualmente desde 2003 en colaboración con Prensas Universitarias de Zaragoza y la Institución Fernando El Católico.

El libro en inglés estaba destinado a especialistas en Historia Económica y Economía Agraria con conocimientos de Teoría Económica; el que es objeto de este comentario buscaba llegar a un público más amplio: estudiantes y personas cultas interesados en la materia. Para ello, aparte de recortar el texto, el autor redujo la información cuantitativa manejada (cuadros y apéndices) —lo que no excluye su actualización—, eliminó discusiones teóricas así como la mayoría de las notas, manteniendo solo las necesarias para aclarar los conceptos económicos y estadísticos empleados. Es decir, *Breve historia económica de la agricultura* es un derivado de *Feeding the World*, y no un texto concebido originalmente, por lo que es preciso recurrir a veces a la matriz, ya sea para recabar la información que avala ciertas afirmaciones, ya para conocer mejor la opinión del autor acerca de alguno de los asuntos tratados.

El objetivo de *Breve historia* es analizar la evolución de la agricultura mundial durante los siglos XIX y XX. La agricultura se concibe como la suma de dos elementos, el agrícola y el ganadero. El análisis se basa en la contraposición de dos modelos o tipos de agricultura: la tradicional y la moderna. Aunque no se definen expresamente, el primero se caracterizaría por un uso extensivo de los factores de producción (tierra, trabajo y capital), unos derechos de propiedad poco o mal definidos y un papel secundario del mercado en la orientación productiva de las explotaciones. Este sería el modelo predominante a comienzos del siglo XIX. Por el contrario, la agricultura moderna —plenamente implantada a finales del siglo XX en los países avanzados y en mayor o menor medida en el resto— estaría definida por la producción para el mercado, con un uso muy intensivo del capital, que ha permitido la reducción en términos absolutos tanto de la tierra como del trabajo, en el contexto de unos derechos de propiedad que garantizan al agricultor la tenencia de la tierra y la apropiación de los frutos de su tra-

bajo. La agricultura tradicional tiene una mayor dependencia del medio ambiente y, por tanto, su práctica comporta mayor riesgo.

El autor se manifiesta partidario del método de trabajo propio del economista, consistente en apoyar, siempre que sea posible, las afirmaciones en datos o información cuantitativa, aunque sea imperfecta, «antes que no mostrar ninguno y basarse en afirmaciones cualitativas» (p. 11), al contrario de lo que hacen «los historiadores de la agricultura que... casi nunca basan sus afirmaciones en datos» (p. 97).

El libro consta de seis capítulos y un epílogo, aparte de un prólogo del autor y la sección de bibliografía. En el epílogo se recogen de forma telegráfica las quince principales conclusiones fácticas del trabajo, junto a otras tres teóricas. Esto, unido al hecho de que todos los capítulos, excepto los dos primeros, consten de un epígrafe conclusivo, facilita la lectura de un texto, por lo demás, asequible.

El balance que hace Federico del comportamiento de la agricultura mundial durante el periodo estudiado es francamente favorable. El aumento de la producción ha sido tal que ha permitido alimentar a una población seis veces mayor, hasta el punto de erradicar el hambre —aunque persistan bolsas de malnutrición, debidas a problemas de distribución—, al tiempo que ha mejorado la calidad de vida de la población mundial. Este aumento de la producción se consiguió de forma extensiva en el siglo XIX e intensiva en el XX. Ello explica que la productividad total de los factores aumentara poco en la primera centuria, incluso en los países avanzados, y bastante en la segunda, especialmente en los países de la OCDE. La excepción ha sido el fracaso sin paliativos de la agricultura en los países comunistas.

Tras la intensificación productiva el progreso técnico ha estado propiciado sobre todo por una creciente capitalización de las explotaciones, dirigida a ahorrar tanto tierra como trabajo (sistemas de cultivo innovadores, nuevas plantas, abonos químicos, aperos perfeccionados, maquinaria) —aunque en una proporción diferente según las zonas—, así como por una asignación más eficiente de los recursos disponibles.

Todo ello ha ocurrido en un marco institucional flexible, determinado por tres elementos. Primero, la tendencia al predominio de las explotaciones familiares, favorecido por reformas agrarias en algunos casos, de un tamaño creciente en los países avanzados, en especial después de la Segunda Guerra Mundial, y decreciente en los atrasados. Segundo, mayor protagonismo de los mercados, tanto de factores como de bienes, pese a que ya tenían un papel significativo a principios del siglo XIX, y por ende de los precios, tanto absolutos como relativos, en las decisiones de los agricultores acerca de qué producir, cómo hacerlo y qué destino dar a los bienes obtenidos.

Estas decisiones también han estado muy influidas por el tercer componente del marco institucional, el Estado, cuya actuación ha ido dirigida a fortalecer (modernizar) los derechos de propiedad, favorecer la creación, difusión y adopción de avances técnicos, e influir en los mercados (de factores y de bienes) mediante la regulación o la intervención directa. A juicio del autor, el punto de inflexión entre el liberalismo inicial y el intervencionismo actual de la política agraria se sitúa en la década de 1930. Asimismo es importante destacar que esta política ha tenido dos objetivos muy distintos después de 1945 en los países avanzados y en los atrasados: en los primeros se ha apoyado a la agricultura (y a los agricultores) a costa de los

consumidores, mientras que en los segundos se la ha sacrificado en aras de la industrialización.

Hasta aquí una síntesis de las principales conclusiones de este ambicioso libro, que tiene la virtud de recoger en pocas páginas la evolución de la agricultura durante un periodo histórico crucial (los siglos XIX y XX), caracterizado por un intenso crecimiento económico y una profunda transformación de las economías y de las sociedades de la mayor parte del planeta; transformación que ha llevado a la agricultura a una situación contradictoria, pues al mismo tiempo que ha de aceptar el paso a la marginalidad relativa en unas sociedades cada vez más urbanizadas, dominadas por la producción industrial y de servicios, se le pide que alimente a una población que no para de crecer. Analizar este complejo y trascendente proceso de cambio está al alcance de muy pocos historiadores (o economistas), y Federico ha demostrado ser uno de ellos.

Sin embargo, el libro presenta algunos problemas que conviene no perder de vista; unos se refieren a aspectos concretos de la exposición, otros son conceptuales. Comencemos por estos últimos. El autor centra su análisis en lo agrícola, considerado como la suma de la agricultura y la ganadería, excluyendo por tanto la floresta. Esto es una limitación importante porque las prácticas agrícolas y ganaderas suelen estar estrechamente ligadas al aprovechamiento de los recursos forestales, de los que los agricultores obtienen alimentos para las personas y para el ganado, fertilizantes, energía y materias primas esenciales para ellos y para el resto de la sociedad. Es decir, el acceso al monte influye en el nivel de vida de la mayor parte de los campesinos y este, como señala el autor, condiciona las innovaciones productivas y, a través de ellas, la productividad, uno de los objetivos prioritarios de su análisis.

Las categorías empleadas para definir los cambios en la agricultura mundial entre 1800 y 2000 son las clásicas de «tradicional» y «moderna», atribuyéndole implícitamente a la primera una valoración negativa y positiva a la segunda. Creo, sin embargo, que habría sido más adecuado utilizar los conceptos «agricultura orgánica» y «agricultura inorgánica», elaborados por E. A. Wrigley —cuyos trabajos, sorprendentemente, brillan por su ausencia en la bibliografía—. Primero porque son categorías más fácilmente objetivables, lo cual encaja con el planteamiento del autor; y, en segundo lugar, porque vinculan lo ocurrido en el sector agrario con el resto de la economía, a través de las fuentes energéticas utilizadas en cada momento histórico.

Los especialistas en historia industrial echarán en falta la consideración de dos asuntos importantes, ausentes del libro. Uno es la intensa industrialización del propio sector agrario, que ha llevado a diversos autores a hablar de agroindustria para referirse a la realidad actual de la agricultura en muchos países avanzados. El otro es la relación o la medida en que el sector agrario ha condicionado el crecimiento económico a través de los procesos de industrialización habidos en gran parte del mundo durante los siglos XIX y XX. Esto y lo dicho en el párrafo anterior indican la consideración de lo agrícola como algo que puede funcionar aisladamente, al margen del resto de la economía, una idea que está lejos de la realidad.

El autor de estas líneas discrepa asimismo de algunas de las afirmaciones que se hacen en el libro. Una de las conclusiones del texto es que la política agrícola fue al

principio liberal para acabar siendo netamente intervencionista, situándose el punto de inflexión en la década de 1930. Ciertamente entonces se acentuó y extendió el intervencionismo, pero creo que es más acertado situar el viraje en la Europa continental a finales del siglo XIX, debido a la Gran Depresión causada por la formación de un mercado mundial de productos agrarios. Ello provocó caídas de precios y problemas para los productores agrarios, que llevaron a la mayoría de los estados europeos a tomar medidas para contener la deflación, al mismo tiempo que se fomentaba el progreso técnico, adoptando el Estado un papel activo —esta es la gran novedad— en la creación y difusión de las innovaciones productivas. Esta línea, adaptada a las nuevas circunstancias económicas, se mantuvo en la década de 1920.

Respecto de la evolución de los precios en la segunda mitad del siglo XX, el autor constata una tendencia ligeramente decreciente y unos términos muy favorables para la agricultura, pero no menciona las tensiones inflacionistas habidas en la última década, en especial en 1996 y 1997, preludio de las que estamos viviendo en la actualidad, que tanto influyen en la malnutrición de millones de personas.

Tal vez, la conclusión más relevante del trabajo de Federico sea la de que ha desaparecido el fantasma del hambre. Esta afirmación se basa en que la disponibilidad media actual de calorías en los países avanzados es de 2.800 por persona, mientras que en los subdesarrollados es de 2.700. La pervivencia de bolsas de malnutrición que afectan a 800 millones de personas (el 15% de la población mundial) se atribuye a problemas de distribución de recursos (p. 10). Llama la atención por ello que el autor haya optado por un enfoque exclusivamente productivista, dejando de lado todo lo referente a la distribución, incluso aspectos relacionados con su plan de trabajo. Tal sucede con los mercados, principal vía de distribución en las economías capitalistas, hoy dominantes en el mundo. De ellos se toma el precio, como un elemento que influye las decisiones de compraventa de los agricultores, pero no se consideran los elementos que determinan su formación. Es decir, la composición de la oferta y de la demanda, lo cual permitiría explicar su evolución y aventurar eventuales comportamientos futuros. Lo que llevado al momento presente nos permitiría tener una idea más precisa de si el encarecimiento de algunos alimentos es puntual o puede acentuarse en un futuro próximo. O lo que es lo mismo, si las bolsas de hambruna pueden agravarse y afectar a mayor número de personas.

En fin, quisiera concluir con una reflexión acerca de la opinión de Federico sobre el método de trabajo de los historiadores de la agricultura y de los economistas. Los primeros que «casi nunca basan sus afirmaciones en datos» (p. 97), serían lo tradicional que, como ha ocurrido en la agricultura —esto no se dice expresamente—, debe ser sustituido por lo moderno, es decir, por los economistas, que sí utilizan datos, pues ya se sabe que incluso un dato regular es mejor que ningún dato.

Nada más lejos de la realidad. Soy un firme defensor del empleo de información cuantitativa en el análisis histórico en general, no solo en historia económica, pero de ahí a la sacralización del dato hay una gran distancia. Lo primero que hay que tener en cuenta es que los datos —como cualquier otra fuente— pueden ser buenos, malos o regulares. Incluso los buenos pueden servir para apoyar unas afirmaciones, pero no otras. Esto debe deducirse del análisis previo y valoración de la fuente; una tarea —a

la que no son aficionados los economistas— imprescindible para conocer los juicios de valor, errores y sesgos que hay detrás de cualquier dato, por muy objetivo y aséptico que pueda parecer. Y pueden ser muchos, pues incluyen los de quienes concibieron su elaboración, los de quienes los recabaron y los de quienes los elaboraron y, en su caso, los publicaron. A todo lo cual deben añadirse los juicios de valor de quienes los manipulamos e interpretamos, derivados de las técnicas y las teorías empleadas.

En suma, pienso que el dilema no está entre historiadores o economistas, sino entre buenos y malos historiadores —al fin y al cabo, todos los que nos dedicamos al estudio del pasado somos historiadores, independientemente de la rama de conocimiento de procedencia—. Y buenos historiadores son quienes, entre otras cosas, utilizan todo tipo de fuentes pertinentes para sus objetivos, eso sí, sometidas previamente a la crítica, de la cual se deduce su validez para avalar las conclusiones que se deduzcan de su estudio.

No conozco toda la obra de Federico, pero sí la suficiente para saber que, aun siendo economista, es un excelente historiador, no solo de la agricultura. Este libro, pese a todo, es una demostración de ello, pues realizar una síntesis de la evolución de la agricultura mundial en un lapso de tantos y tan profundos cambios como los acaecidos en los últimos siglos es un mérito del que pocos pueden alardear. Lo cual es compatible con que el texto pueda ser mejorado en la segunda edición que, sin duda, se publicará.

JOSÉ IGNACIO JIMÉNEZ BLANCO  
Universidad Complutense de Madrid